

JUVENTUD — GENERACION — LITERATURA

Discurso pronunciado por Humberto Diaz Casanueva, representante Oficial del PEN CLUB de Chile al Congreso Internacional de los PEN CLUBS realizado en Niiza, como asimismo miembro de la Sociedad Chilena de Filosofía, de la cual ha sido Vicepresidente.

“Agradezco mucho la ocasión que ustedes me dan para balbucear algunas palabras en un francés exiguo que desgraciadamente no coincide con mi emoción secreta. Traigo el saludo fraternal del Pen Club de Chile. Los escritores chilenos expresan su voluntad de participación universal y su confianza en la obra de comprensión internacional del Pen Club. Deseamos afirmar nuestra presencia en el corazón de esta comunidad espiritual a la cual queremos pertenecer con entusiasmo y responsabilidad. Agradezco al mismo tiempo la hospitalidad de esta ciudad transparente y simbólica en que las fuerzas naturales alcanzan tan maravillosa armonía en contraste con el hombre de hoy que sólo puede hacer visible el fondo dramático de su espíritu. Agradezco especialmente vuestra amistad personal. Es emocionante escucharos, saber lo que habéis sufrido, lo que os amenaza, y sentir, a pesar de todo, que tratáis de preservar los valores culturales con el rigor inexorable de la inteligencia.

Permitidme expresar —después de haber escuchado las diversas intervenciones— mi convencimiento de que los tres conceptos fundamentales —juventud-generación-literatura— deben ser considerados en el cuadro de una vasta visión histórico-cultural. Pienso que la elección de nuestro tema ya entraña una ambición ética no estrictamente literaria. No quiero subordinar la literatura a las condiciones sociales. Tal punto de vista sería rígidamente determinista. Pero creo que la tarea impuesta por los valores concretos de la vida actual nos conduce a establecer más claramente las correspondencias entre época histórica y literatura para crear verdaderamente un diálogo fecundo entre nosotros y los jóvenes. Se habla de juventud en una forma demasiado abstracta y vaga. Es difícil explorar la esencialidad de la juventud en estado puro o absoluto. Los sistemas de valores, las tendencias, y la conducta de la juventud se relacionan no solamente con la fuerza biológica o psicológica de este período de la vida del hombre sino también con la situación concreta del hombre actual, con la influencia poderosa de circunstancias que encuentra la juventud con los problemas y trabas del patrimonio que recibe. ¿Hasta qué punto los jóvenes son realmente libres para ser responsables de su juventud, superar nuestra experiencia y para exigirles que su riqueza sea transformada

en misión? Nuestra época da pocas alternativas a los jóvenes para la elección de sus posibilidades. Es un hecho indudable que actualmente los hombres, sin distinción de edad, se reúnen para formar un solo cuerpo y poner en común sus problemas y experiencias. La juventud concebida de manera concreta tiene virtualidades positivas y negativas de acuerdo con su propia esencia pero también de acuerdo con las fuerzas que emanan de una época en que la juventud no puede descubrir un camino sino solamente seguirlo ya en cierto modo trazado por la crisis de nuestra cultura. Confío en que vosotros habéis de excusarme de insistir en un tema que personalmente me interesa mucho. Soy profesor y he contribuído en mi país a la reforma de los sistemas educacionales para estimular el desarrollo de la personalidad libre del educando al mismo tiempo que su responsabilidad en una sociedad democrática. Pero al lado de la educación sistemática —la más perfeccionada— han surgido nuevos instrumentos penetrantes, influencias técnicas, condiciones económicas, morales y sociales, toda una gama de nuevos medios de transmisión del pensamiento y de la sensibilidad con efectos profundos en el espíritu de los jóvenes. Esto es particularmente interesante en un país *joven* como el nuestro que nos obliga a todos a ser jóvenes, ya que aspiramos al pleno desenvolvimiento de nuestras energías sociales, económicas y espirituales. Esta situación obliga a reflexionar no sólo a los educadores sino que a todos aquellos que se preocupan de la juventud. No se puede por tanto discutir de la juventud sin consideración del tejido social y cultural, en un país o continente determinado en que ella está sumida. Como escritor yo me permito decir que no solamente me interesa el joven escritor sino también el joven lector y luego el joven que no es escritor ni es lector, es decir, me interesa el joven como posibilidad de un hombre nuevo en una comunidad nueva. Sobre tal base de comprensión común podemos tener confianza en el porvenir de la literatura y de la cultura. Con el concepto de generación encuentro una dificultad parecida si quiero aplicar un método riguroso. Es curioso que la literatura más que la ciencia, por ejemplo, tenga necesidad del concepto de generación. Pero esta palabra es un poco equívoca. Hay un concepto genealógico de la generación que no siempre corresponde con el literario. En la generación literaria, más que la edad, son los grandes acontecimientos, las circunstancias históricas, las grandes personalidades o los misteriosos cambios de la conciencia del tiempo, los que contribuyen a la diferenciación. El espíritu de una época puede ser más fuerte que la generación para determinar la actitud de los miembros de una generación. Naturalmente con una lupa podemos buscar generaciones dentro de una generación. Pero también me permito opinar que la situación histórica actual ha aproximado las actuales generaciones. Desde un punto de vista estrictamente literario creo que las generaciones corresponden a contribuciones esenciales a la vida intelectual, a descubrimientos o posiciones espirituales definidas. Hay un tiempo cronológico y hay un tiempo interior en el nacimiento de las generaciones. Creo que actualmente en Chile, por ejemplo, los jóvenes, cada uno a su manera, sobre la base de conquistas fundamentales de las generaciones precedentes, llevan hasta sus últimas consecuencias, equilibran o enriquecen las experiencias nuestras. Nuestros jóvenes sienten las repercusiones mundiales y tienen una exquisita sensibilidad para captar los ritmos artísticos en todas las latitudes, pero a la vez, sienten el llamado de su propia realidad. En nuestro tiempo —me refiero a mi generación— la ruptura fué más violenta. El problema naturalmente se complica si hablamos de una generación no solamente en el sen-

tido de conquistas, de obras maestras, nuevos estilos, etc., sino también de influencias, tendencias a menudo obscuras y vagas que atraviesan los grupos de jóvenes. Sobre el concepto de literatura permitidme decir que para mí existe no sólo una crisis de la literatura sino también de su propio tradicional concepto. No estoy absolutamente de acuerdo con aquellos que consideran la literatura como conjunto de sus técnicas estilísticas y a la historia literaria como historia de estilos, salvo que considere al estilo en un sentido vastísimo, en un sentido nietzscheano. Un estilo vivo está determinado por un cambio de una posición espiritual más que por sus propias características. Yo no estoy de acuerdo con la literatura subordinada a la tesis, a la propaganda y asfixiada por el dirigismo. Pero es preciso reconocer que nuestros jóvenes reciben una herencia antinómica, una literatura que en sus problemas y en sus experiencias oscila desde una posición puramente formalista a una posición que quiere expresar los conflictos del hombre contemporáneo. Es decir una antinomia: la voluntad de revelación y la voluntad de estilo, la voluntad estética y la voluntad de participación. Y al decir revelación no me refiero solamente a la dimensión social o moral sino también la religiosa y metafísica, al hombre íntegro.

Creo que el Pen Club puede aportar una ayuda inapreciable y práctica para aproximar las generaciones y extraer de este hecho beneficios recíprocos. Creo que podemos contribuir a estimular la conciencia de sí mismo en los jóvenes. Porque salvo algunos países en que existen encuestas y otros medios de investigación, no sabemos exactamente lo que piensan los jóvenes ni sabemos siquiera si los jóvenes son capaces de reducir a términos intelectuales y lúcidos sus propias inquietudes. Creo también que podemos contribuir a estimular la creación y el gusto literario en los jóvenes, con la transmisión en escuelas y universidades, de un conocimiento más profundo de la literatura, no en la autonomía de sus estilos, sino en la contribución que la literatura ha hecho al progreso del espíritu humano y de la cultura universal. En varios países la enseñanza de la literatura es demasiado retórica, técnica, aburrida, nacionalista. No podemos estimular de esta manera la vocación del escritor ni la formación del público. Permitidme otra confesión personal. Yo enseñaba psicología en la Universidad. Un día fatigado de textos y de psicólogos profesionales, dicté un curso destinado a revelar a los estudiantes la contribución profunda que ha hecho la literatura al conocimiento del hombre a través de la obra —por ejemplo— de Dostoiewsky, Proust, Kafka. En nuestro tiempo la filosofía —y me permito aquí citar tres nombres: Marcel, Heidegger y Whitehead— confiesan que su exploración ontológica tiene un límite y que solamente la poesía puede ir más allá, la poesía como revelación del misterio del ser y de la existencia humana. Los jóvenes, movidos por las circunstancias de la época, están convencidos que este mundo cultural está construido especialmente por los físicos, los técnicos, los políticos. Existe el peligro de que los jóvenes consideren a la literatura como un juego estético, un pasatiempo o un medio de propaganda. Pero yo soy un convencido de que se aproxima un renacimiento de la literatura y que ella mucho ha de aportar a la formación de la imagen de un nuevo humanismo."